

RESEÑA DE *LA DIÓCESIS DE LAS CALIFORNIAS
Y EL VICARIATO DE LA BAJA CALIFORNIA,
1840-1895: HISTORIAS DE MISIONEROS Y
OBISPOS EN EL NOROESTE MEXICANO*

Espinoza Meléndez, Pedro. *La diócesis de las Californias y el vicariato de la Baja California, 1840-1895: Historias de misioneros y obispos en el noroeste mexicano*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, 2024: 408 pp.

Las penínsulas suelen tener una vida política, cultural, social y económica muy peculiar. Su condición geográfica les confiere características propias que influyen en las conexiones e interacciones con otras latitudes nacionales y globales. De ahí la pertinencia del libro que Pedro Espinoza Meléndez, ganador del premio al mejor artículo de teoría de la historia del Comité Mexicano de Ciencias Históricas, 2025, publicó bajo el sello de El Colegio de la Frontera Norte. El investigador realizó una cuidadosa labor de adaptación de su tesis doctoral para ofrecer al público una lectura fluida y amena, pero sin renunciar al rigor académico, que agradecerán no solo historiadores, sino también interesados de las humanidades y las ciencias sociales, además de un público general con interés en los temas desarrollados a lo largo de siete capítulos.

El tema principal del libro es, evidentemente, la religión en las Californias durante buena parte del siglo XIX. Y, aunque pareciera un trabajo de historia regional, el autor no se limita a la espacialidad californiana. Con ejercicios de intertextualidad y analizando conexiones globales, Pedro Espinoza sigue las trayectorias de personajes de la vida institucional católica por distintas regiones, como el noroeste, el centro o el sureste mexicanos, pero también por otras naciones como los Estados Unidos, Francia o Italia. Los personajes que protagonizan cada uno de los capítulos del libro tienen un tratamiento de crítica histórica que considera aspectos biográficos, pero que no se reduce a una mera biografía. Sus historias de vida son ventanas que nos permiten asomarnos a contextos complejos, dentro y fuera de la institución católica. Por eso, aunque la categoría de historia de la religión es la más evidente, confluyen otras que enriquecen el estudio de los personajes.

En primer lugar, a lo largo del libro se vislumbra una historia conceptual, que tiene la categoría de secularización como un eje transversal. La secularización es entendida no como una teoría sociológica, sino como un proceso complejo y cambiante en cada situación. No es, pues, una camisa de fuerza teórica, más bien, es el resultado de los cambios en la sociedad mexicana del siglo XIX, que de varias formas respondió al temor de quedarse sin religión. Desde la introducción, se abordan las diferentes concepciones de entender la secularización

por parte de las personas del siglo XIX, dentro y fuera de la Iglesia católica. También, en este rubro, el análisis del concepto es histórico y no desde los debates académicos presentistas. El aporte de ese estudio, de hecho, abona a las discusiones actuales—inacabadas al parecer—sobre los contenidos y las consecuencias de la secularización en la sociedad.

Además, en la obra encontramos otros entrecruces con la historia global—indispensable en estudios sobre las religiones— con misioneros provenientes de España o Francia. Quizá parezca una limitación de la obra estar muy enfocada a la historia atlántica y no transoceánica, pero ese es un objetivo que trasciende sus pretensiones. De igual manera, tiene relaciones con la historia política, narrando los desencuentros y confrontaciones de obispos con las autoridades locales y los grupos de poder. Finalmente, se interrelaciona con la historia cultural y las vivencias religiosas de las comunidades californianas que, por la prolongada desatención de la jerarquía de la iglesia, desarrollaron un catolicismo crítico de lo clerical.

Junto con los enfoques históricos transversales que recorre el libro, se añade la pluralidad de fuentes consultadas para su realización. Los archivos eclesiásticos de distintas diócesis, como Tijuana, Los Ángeles, Guadalajara o Ciudad de México, confieren el elemento institucional, resaltando el punto de vista de los protagonistas y sus conflictos dentro del entramado jerárquico. Otros documentos provenientes de archivos gubernamentales como el Archivo General de la Nación o el Archivo Pablo L. Martínez (La Paz) nos llevan a la perspectiva de las autoridades civiles y sus intervenciones en los altercados con los clérigos locales. Publicaciones de la prensa confieren puntos de vista externos, a veces empáticos y a veces mordaces, sobre los personajes mencionados en cada capítulo. Finalmente, los apuntes de viajeros extranjeros complementan la polifonía de perspectivas que enriquecen el tratamiento histórico de los acontecimientos mencionados.

¿Quiénes son esos personajes de los que versa el libro? ¿Por qué su estudio no es meramente anecdótico, sino que invita a la contemplación de situaciones más complejas? El primer capítulo es el único que no tiene un personaje individual. Se podría decir que el protagonista es el proceso por el que se busca “secularizar” las misiones y las dificultades que ello entrañó, pues los sacerdotes diocesanos eran suficientes y las condiciones de precariedad—sobre todo en la Baja o Antigua California— hacían insostenible la existencia de parroquias. La expulsión de los misioneros jesuitas en 1768 motivó al gobierno de los Borbones a promover una “secularización” de las misiones, confiscando sus bienes para pasarlos a la “gente de razón”, pero la naturaleza propia de las misiones en la península terminó por demostrar la inviabilidad de tal proyecto, por lo que misioneros franciscanos y dominicos continuaron con la atención misional.

El segundo capítulo sigue las andanzas de Francisco García Diego, quien fue nombrado el primer obispo de las Californias antes de la frontera divisoria de 1848; y, además, analiza las contrastantes condiciones de una Alta California próspera y una Baja California con muchas limitaciones. Un obispo que, además, en una Alta California con una fuerte presencia anglosajona, fue discriminado y catalogado como un “cura indio”. Nuevamente la realidad californiana se impuso sobre un proyecto de la Iglesia romana que pronosticó que la elección de una diócesis sería suficiente para “secularizar” (cambio de clérigos regulares, es decir, religiosos, por seculares, es decir, diocesanos) para la institucionalización eclesial en la región. En pocos años, la diócesis fue derogada.

La lucha armada entre México y los Estados Unidos a mediados del siglo XIX, con la posterior división fronteriza de las Californias, contextualiza el siguiente capítulo, que versa sobre los últimos misioneros dominicos y sus posturas activas—a favor y en contra—de ese

conflicto. Pero esa misma conflictividad es aplicable a sus vidas personales con conductas que se concebían como inmorales y subversivas. Félix Caballero y Gabriel González fueron dos de los últimos misioneros dominicos españoles en la península, ambos lograron cierta prosperidad económica en sus misiones, principalmente con la cría de ganado. La captura y comercialización de nutrias, empleando para ello a los indígenas de la misión, es mencionada solo de manera marginal y merece un tratamiento profundo en otro estudio. Los hijos engendrados por el último de los misioneros y su liderazgo en la defensa armada de la Baja California en contra de la invasión estadounidense permiten advertir la particularidad del personaje.

La nueva realidad con una vida de frontera en el norte de la península imposibilitó la consolidación de una vida diocesana en la Baja California, por lo que la constante fue un clero itinerante, más cercano a la vida misional que a la parroquial, como lo atestigua el autor en el cuarto capítulo. La Baja California dejó de ser diócesis para convertirse —por disposición del gobierno eclesiástico de Roma— en un vicariato dependiente de las diócesis de Guadalajara, primero, y Hermosillo, después. Un buen ejemplo de ello fue el sacerdote Luciano Osuna, quien estudió en Guadalajara, sirvió como misionero “entre los indios” en el norte de California y terminó como itinerante en una muy amplia región del norte de la península, hasta ser visto muy poco en su parroquia por andar predicando en los pueblos y ranchos. El sacerdote calificado de estar “mal de la cabeza” y con un aspecto físico descuidado, ejemplifica bien el estado de la iglesia católica a finales del siglo XIX.

El siguiente capítulo se centra en la vida y el obispado de Juan Francisco Escalante, quien logró sortear las dificultades de la relación Iglesia-Estado y logró tener interacciones de cooperación con las autoridades locales, aunque fue recriminado por sus colegas episcopales por ser el único obispo mexicano en jurar y promulgar —con toda solemnidad— la Constitución de 1857. El análisis de caso de este obispo muestra lo polifacética que puede ser la jerarquía católica y cómo el historiador o el científico social deben estar conscientes de ello para evitar generalizaciones que simplifiquen los procesos y las instituciones. Fue muy diferente el caso del obispo carmelita Ramón Moreno, que se analiza en el sexto capítulo. Los constantes y tensos conflictos que tuvo el obispo de la Baja California con las autoridades locales y la logia masónica de La Paz desembocaron en el destierro del prelado, quien fue definido por la prensa como un “obispo andante y cesante”.

El último capítulo retoma las vicisitudes de un misionero francés —no religioso, sino diocesano— en tierras mexicanas, incluida la región fronteriza de la Baja California. El cura viajero que llegó con el ejército francés fue testigo de conflictos interétnicos, guerras locales e, incluso, masacres lamentables. Sus anotaciones son una inestimable evidencia de la zona de “las fronteras” en un periodo donde la documentación es escasa. Su caso también aparenta ser una anomalía en el siglo XIX, ya que el rol de misionero era desempeñado casi con exclusividad por los miembros de las órdenes religiosas y no por sacerdotes diocesanos. Por un lado, la presencia de indígenas sin evangelizar en la zona de las fronteras seguía justificando la labor del misionero, pero, al mismo tiempo, grupos de otras denominaciones cristianas mostraban también su interés por evangelizar a las poblaciones bajacalifornianas en un despertar misionero y un sentimiento anticatólico muy arraigado.

Los siete capítulos pueden ser leídos de manera concatenada, o bien, como textos en sí mismos con su propia coherencia y objetivos, dependiendo de los intereses del lector. Y como colofón de un trabajo de rigor académico, las escenas anecdóticas y chuscas hacen de esta obra una lectura placentera. Un misionero salvado del ataque de unos indígenas al

PENÍNSULA

escondese dentro de las naguas de una mujer o un fraile interrumpiendo una tertulia de naipes y tragos para ir a bautizar y después continuar con el fandango son sólo dos ejemplos de varios más que se pueden encontrar en el libro. Es, pues, una lectura que los curiosos e investigadores de las penínsulas, de la religión, de la vida cotidiana, de las fronteras y de la vida política de México apreciarán con gran deleite.

Gabriel Fierro Nuño
UABC
gabriel.fierro@uabc.edu.mx